KUBALA

BIOGRAFÍA DE UN MITO

El fútbol es mi vida



Por Juan José Castillo





Biografía de un mito del fútbol que jugó en el F.C. Barcelona y en el R.C.D.Español.



Juan José Castillo

Kubala

El fútbol es mi vida

ePUB r1.0
Verdugol 16.11.13

Título original: *Kubala, El fútbol es mi vida*
Juan José Castillo, 1994

Editor digital: Verdugol
ePub base r1.0



El fútbol genera maravillosos héroes cuyo recuerdo se perpetúa en las portadas de los diarios, en los cromos de intercambio infantil o en la memoria. Todos tenemos alguna jugada de alguien grabada en nuestro cerebro o el estribillo de una canción popular evocadora. Ahora, de Ladislao Kubala, además, tenemos un libro, la historia de un mito, el homenaje escrito de este diario, un documento dirigido a todas las generaciones. Porque con Kubala no sólo pervive un estilo, sino una forma de mimar el fútbol, el talante de los que aman este deporte.

SANTI NOLLA

PRÓLOGO

Em costa d'expressar l'emoció i respecte que em produeix el fet d'escriure sobre aquest gran mite de la historia del fútbol i mes concretament de la historia blaugrana de tots el temps: LASZI KUBALA.

La seva vida té una bona part d'aventura admirable, d'exili dur, però amb regust de llibertat. És una vida obsessionada per la pilota, que des de ben petit va constituir la seva joguina, humil, pero plena de vida. El seu joc obrí nous horitzons en el fútbol mundial. El joc de Kubala era nou, frese, aromátic i incomparable.

Però en Laszi no és solament un gran esportista, és un home a qui tothom estima, d'una humanitat senzilla, clara i rotunda. Es la imatge de l'home que tots volem per amic.

Els qui hem tingut el plaer de tractarlo sovint, sentim que en Kubala és, avui, patrimoni d'aquesta comunitat futbolística, que ara li ofereix l'homenatge al qual s'adhereix el Fórum Samitier, nom d'un altre mite blaugrana que va fer possible el seu fixatge peí Barga.

Per tot això i mes... Grades Laszi!

JAUME LLAURADÓ

"Kubala era maravilloso como jugador, Y como persona era y sigue siendo un hombre excepcional. Nunca le oí hablar mal de nadie y si dar orientaciones, consejos, palabras amistosas. Algo fantástico.

Cuando llegó al Barcelona, constituyó para la plantilla toda una revolución por no decir un descubrimiento. Nos aportaba nuevas técnicas, nuevas ideas y, en especial, el corazón de un amigo que había de ser entrañable para todos. Por entonces, yo ya llevaba años como azulgrana viendo fútbol de todos los colores y magnitudes. Pero Kubala nos deslumbró a todos. Ha sido un as irrepetible. Yo aprendí mucho de él, como los demás, y no cuesta nada asegurar que está en la lista de los cinco mejores futbolistas mundiales de todas las épocas".

CÉSAR RODRIGUEZ

NACE UN FUTBOLISTA DE LUJO

El 10 de junio de 1927 ocurrió algo importante para el fútbol. Nace en Budapest Ladislao Kubala Stecz. El jugador que asombraría años después a los aficionados de medio mundo es el único hijo de una familia humilde. Su padre, Paul, era albañil, y su madre, Anna, trabajaba en una fábrica de cartonaje. Ambos eran de procedencia eslovaca y se habían instalado en Budapest -el llamado París de Centroeuropa- en busca de horizontes mejores que los de Bratislava.

Los primeros años de Ladislao transcurren en medio de un ambiente tranquilo pero económicamente débil. Como sus padres tienen que ir a trabajar prácticamente de sol a sol, la educación inicial del pequeño es encomendada al abuelo, de origen polaco. Por eso, hasta que cumple los seis años, Ladislao sólo habla el idioma del abuelo. Con el tiempo, y a medida que va entrando en sus primeras aulas escolares, aprenderá también el eslovaco y el húngaro. Son lenguas que tienen connotaciones gramaticales y fonéticas muy parecidas a las del resto de idiomas eslavos, por lo que el futuro 'crack' acabará dominando también el checo, el búlgaro y el ruso. Sus correrías posteriores y desarrollo de la vida le hacen aprender el italiano, el castellano y el catalán, aunque también se defiende bien con el inglés y el alemán, chapurrea el árabe desde la época de su estancia como entrenador en Arabia Saudita.

Budapest era, para la infancia de Kubala, una gran ciudad; una de las perlas del Imperio Austro-Húngaro que se había derrumbado unos años antes del nacimiento de Kubala, después de la I Guerra Mundial (1914-1918). Pero la familia Kubala no es acomodada y vive en un barrio pobre, en las tristonas manzanas de las calles de Oromlov y Lodovigeum. No es un círculo que invite mucho al optimismo, pero la familia es feliz. Hay trabajo y el niño Laszi inunda la casa de alegría con su viveza y sus travesuras.

Sus primeras patadas

En cuanto tiene edad para que sus robustas piernas le permitan correr, Ladislao se enzarza a patadas con todo lo que encuentra en la calle: latas, papeles, piedras... El fútbol está en sus venas por una razón fundamental. Su padre había sido jugador del Ferencvaros de Budapest, uno de los mejores equipos magiares de todos los tiempos. No era un jugador famoso pero sí admirado por su determinación y capacidad física.

Cuando entra en la escuela, hace rápidamente amigos. A pesar de su timidez, una circunstancia que arrastrará siempre incluso en los momentos del triunfo y la gloria, es un chico de cabello rubio rizado, simpático y amable, con un sentido de la lealtad que será una virtud permanente en el.

En la escuela, los sistemas de selección deportiva son modernos. A todos los niños se les hacen 'tests' para determinar en qué disciplina pueden destacar. A Kubala le gusta el boxeo, pero a los 11 años se le aconseja que lo deje. Tiene los brazos

demasiado cortos y su envergadura no es la adecuada para subir a los cuadriláteros y defenderse apropiadamente. Así es que se concentra en lo que, en adelante, va a ser su gran pasión, el norte de su vida: el fútbol. Con pelotas de trapo, hechas a veces con las medias viejas de su madre, con papeles atados con gruesos cordeles o bramantes, empieza con sus amigos el duro aprendizaje.

Cuando consigue su primera pelota de goma, no cabe en sí de satisfacción. Como la escuela le deja libre a la una de la tarde, dispone de horas enteras para intensificar su afición. Pronto le conocen en el barrio como 'el chico de la pelota'. Hasta que anochece no para en su afición. Marca con una tiza una gruesa raya en una pared y se entretiene, sin aburrirse nunca, a lanzar la pelota contra ella, cosa en la que adquiere una precisión asombrosa. Sin saberlo, está naciendo un talento técnico.

No le llaman otros derroteros. En una barriada pobre, hay tipos de toda clase. Había chicos que jugaban como él y otros que se buscaban la vida como podían. Las circunstancias abonaban el permiso para hacer de todo en aquella época, Pero Laszi se mantiene en el disciplinado círculo de la vida honesta. Las en señanzas de su abuelo y de sus padres había surtido efecto.

"¡Nunca robé!", recuerda Kubala de aquella época. El pequeño Laszi ha descubierto que la piernas no sólo sirven para andar sino también para chutar y hacer malabarismos con el balón. Mientras se pelea, en la escuela, con las primeras letras y números, y da señales de ser espabilado y muy atento a las explicaciones de los profesores, su deseo más ferviente es jugar al fútbol donde sea: en las aceras, en los solares ruinosos, sobre el pavimento de las calles o en los parques públicos.

Recogepelotas

En 1939, a los 11 años, fichó como juvenil por su primer club. Una entidad modesta, el Ganz, de Tercera División, patrocinado por una gran fábrica metalúrgica. Como la Federación imponía el tope de los 12 años para obtener la ficha oficial, hubo que hacer una pequeña trampa en su fecha de nacimiento. En el partido de su debut, ante en MTK, marcó los dos primeros goles oficiales de su vida.

No tenía dinero para ver los buenos partidos de Primera División, en especial los del Ferencvaros, el equipo que era la niña de los ojos de su padre y, naturalmente, de él también. Para lograr su propósito, consiguió que lo utilizaran como recogepelotas, trabajo que alternaba con la limpieza y embetunado de las botas desus ídolos. Como premio no le daban dinero, sino el regalo de poder jugar en horas determinadas en el mismo campo en el que brillaban sus ídolos, con balón de cuero de los de verdad, y siguiendo esporádicamente los consejos de algún entrenador suplente.

El preparador oficial del Ferencvaros, Demeny, le quiso enrolar en el once juvenil del club, pero a Kubala le asustó la responsabilidad, y por falta de confianza, su clásica timidez o porque se sentía todavía un niño, rechazó la oferta. Cinco años más tarde cambiaría de criterio y vería cumplida una de sus primeras grandes ilusiones.

Cuando la Federación le convoca para pasar por su Escuela Oficial, coincide con Puskas, Zacharias, Kocsis y otros jugadores que, con el tiempo, se harían famosos. Uno de los profesores de la Escuela es Janos Kalmar, que posteriormente sería entrenador del Español y el Málaga, y uno de los mejores técnicos que ha tenido el fútbol centroeuropeo.

Kubala no pierde el tiempo. Destaca ya por el dominio del balón, por su potencia física, por el talento individual que lleva dentro. Aprende, sin embargo, lo que luego sería fundamental en su carrera: amalgamar su técnica personal con las necesidades del equipo. El fútbol es, sobre todo, asociación, coordinación perfecta de los esfuerzos y cualidades de 11 hombres, espíritu de conjunto. Asimila perfectamente la lección. No basta ser un gran jugador; hay que sacrificarse en beneficio de los compañeros. Juega con la cabeza siempre levantada, observando la posición de los restantes jugadores, sabedor de que no necesita mirar sus pies, que controlan perfectamente el balón. La agudeza con la que percibe los espacios libres, la intención que da a sus pases buscando la carrera o la penetración de los compañeros, el bloqueo del esférico en espera del centro o un servicio mortal para el contrario son virtudes que va completando y que un día le harán famoso. Aun siendo un divo, comprende que el fútbol no es cosa de uno, sino del conjunto. En el Barcelona, hombres relativamente poco famosos como Moreno, Vila y Manchón alcanzaron el tope de su fama aprovechando precisamente este sentido que Kubala tenía del juego colectivo.

El tenis, la gimnasia y la natación también le gustan y los practica, pero sin balón es hombre muerto. Su pasión por el deporte en general no le ha abandonado. Aún hoy en día, a punto de cumplir 66 años, realiza un puntual programa semanal: lunes y jueves cubre de 40 a 70 kilómetros en bicicleta; martes y viernes juega al fútbol, miércoles y sábado disputa partidos de tenis a tres sets y los domingos, día de descanso para otros, casi siempre participa en partidos de la Agrupación de Veteranos del Barcelona, de la que es presidente y cuyos beneficios de recaudación van a parar a la ayuda económica de 14 familias de ex-jugadores, entre ellas la esposa de Plattko, que vive en Santiago de Chile, y que a sus 92 años sabe que el recuerdo de su marido, que fue un gran portero azulgrana -a quien Alberti dedicó una famosa poesía-, no se ha perdido en el corazón de unos hombres generosos.

Su primera internacionalidad

Kubala permanece en el Ganz hasta 1944. El niño pasa a ser muchacho y luego adolescente. En esa época viste pantalón corto, pero sus piernas y el vello que empezaba a crecer en ellas le provocaban cierto desasosiego. Cuando tenía 13 años, sólo soñaba con vestir unos pantalones largos. Un domingo, mientras su padre dormía, se puso su traje. Le venía muy grande, pero con él se sentía un hombre. Debía de tener un aspecto ridículo a más no poder, porque sus compañeros se

retorcieron de risa cuando le vieron. Sin embargo, no todo fueron carcajadas. Cuando llegó a casa, su padre le pegó una soberana paliza.

A los 17 años, Kubala es ya un apuesto chico. Las muchachas giran la cabeza y le siguen con la mirada cuando se cruzan con él. Es por aquellos días cuando su viejo amigo Demeny, que aún continuaba como entrenador del Ferencvaros, le convence para que fiche por su club. Laszi casi se desmaya cuando se entera de lo que va a cobrar. Se siente tan confundido y al mismo tiempo asombrado que decide guardar en un escombrijo de su casa la mitad del 'botín'. Aún no sabe bien lo que hace -luego revelaría la verdad a sus padres-, pero con la otra mitad, la familia se cree rica. Su padre lloró de emoción cuando le dio la noticia. Su madre preparó una comida extraordinaria y el vino de Tokay, el célebre caldo húngaro, corrió por todo lo alto.

Juega en el primer equipo del Ferencvaros con tanta soltura que le llevan a la selección húngara (más tarde sería internacional por Eslovaquia, Checoslovaquia y España, un récord que no debe tener precedentes). Su debut se produce en Viena contra la poderosa formación de Austria. Ganan por 0-5, porque el Wunderteam' -el equipo maravilla, como se llamó en los años treinta a Austria- ha desaparecido y la Segunda Guerra Mundial ha pasado factura. Pocas semanas más tarde, en ese mismo año de 1945, Hungría disputa dos encuentros con Rumania en Bucarest. Vence en los os por 3-1 y 3-2.

Muere su padre

En el mes de abril, cuando el conflicto bélico acaba de terminar, Kubala sufre el primer contratiempo grave de su vida. Un domingo por la tarde muere su padre. Aunque Laszi tenía un carácter más parecido al de su madre, amaba intensamente a su progenitor. Kubala llora desesperadamente ante el cadáver en la nueva casa en la que vivían, adquirida con el dinero conseguido por su fichaje con el Ferencvaros.

Y se enfrenta a una dura decisión. Dos horas más tarde estaba convocado para jugar un encuentro decisivo contra el MTK, en el que estaba en juego el título liguero. Pálido, sudoroso, sollozando desplomado sobre una silla, es incapaz de pensar en nada. De repente, una idea relámpago le atraviesa el cerebro. Sobreponiéndose al dolor, decide rendir un último tributo de admiración a su padre, ex-jugador e hincha del Ferencvaros como ninguno, y para quien el club había sido una parte importante de su vida. Y Laszi jugó aquel partido. Su padre, seguro, le habría agradecido aquel último y emocionado gesto. No vivió para ver a su hijo convertido en 'crack' mundial, aunque seguramente jamás pensó que llegara tan lejos.

Su contacto con Daucik

A los 18 años, nada le ligaba ya a Hungría. Su madre era eslovaca, y decidió volver a Checoslovaquia, donde tenía familia. Con Ladislao al lado, su madre se sentía fuerte, respaldada y capacitada para emprender un nuevo rumbo en su

existencia.

No hubo ningún problema para encontrar equipo. Su prestigio había atravesado ya las fronteras húngaras. El Bratislava, uno de los mejores clubs checos, le fichó rápidamente. El entrenador y secretario técnico era Fernando Daucik, un hombre perteneciente a la alta burguesía. Su hermano, que era ingeniero, poseía también un buen prestigio. Fernando había estudiado para perito agrónomo, pero nunca ejerció la carrera, dedicándose en cuerpo y alma al fútbol, su gran pasión.

Una cosa exigió Kubala antes de estampar su firma. Quería residir en las dependencias del propio estadio del club para dedicar las 24 horas del día a vivir, pensar y practicar fútbol. Esta actitud la repitió años más tarde en el Barcelona, donde destinaba, después del entrenamiento matinal con el equipo, largas horas de la tarde a prepararse en solitario.

Aunque nacido en Budapest, sus padres eran eslovacos y, por lo tanto, no fue difícil que le eligieran para formar parte de la selección checa. Como lo hizo con Hungría, su primer partido bajo los nuevos colores fue en Viena, ontra Austria, y ganaron por 3-4.

El de 1947 fue quizás el año de la consagración definitiva de Kubala como figura excepcional. Tenía 20 años. Con el Bratislava fue campeón de Liga y seleccionado para el equipo nacional en diez ocasiones. Además, fue elegido mejor jugador del año. Sus sueños infanl empezaban a alcanzar la realidad.

Su admiración por Bican

Cuando ahora habla de los grandes jugadores que ha conocido, Kubala cita naturalmente a Pelé, Di Stéfano, y de Cruyff dice que fue un auténtico fenómeno como jugador. De él mismo dice poco: "En eso no quiero meterme. Que lo digan los demás. Por agregar algo, diré que creo que fui un buen jugador, internacional con cuatro selecciones e integrante del combinado FIFA en dos ocasiones. Cuando llegué al Barcelona, había grandes jugadores en España y en el mismo Barça, como César, Basora, Segarra, Biosca, Ramallets y un largo etcétera. Por eso es difícil que destacara".

Pero el fenómeno más grande de todos los que ha conocido Kubala ha sido Bincan, un austríaco que jugaba con el Bratislava y que le marcó tres goles a Guillermo Eizaguirre, portero de España, en el encuentro que se jugó en el estadio Metropolitano de Madrid el 19 de enero de 1936 con un marcador final de 4-5 favorable a los visitantes. Cuando conoció a Bincan, Kubala era joven y tal vez por eso se dejó impresionar excesivamente por el talento de aquel veterano de 32 años al que Laszi llamaba cariñosamente 'tío'. No cabe duda, sin embargo, que Bincan era un futbolista excepcional y que de él aprendió Kubala no pocas cosas. Era tartamudo pero sabía de fútbol como nadie. Poseía, además, una psicología especial que cautivaba a su joven alumno:

"Hoy -le decía, por ejemplo-, vamos a marcar cuatro goles. Tú dos y yo los dos restantes. Vamos a enseñarles a todos lo que es el fútbol". Y en efecto, Kubala marcó aquel día dos goles y Bican un par más. También otros dos compañeros batieron al portero adversario. En el vestuario, Bican le guiñaba un ojo al joven Kubala y afirmaba simplemente: "¡Bah! No hagas caso. Simple 'chiripa'. Lo bueno ha sido lo nuestro".

La boda con Anna

El 17 de abril de 1947, mientras está en el Bratislava, se casa con Anna Viola Daucik, la hermana de su entrenador. Anna era un poco mayor que él, pero ya se sabe que el amor no tiene edad. Después de la boda, permanece en el Bratislava, donde Fernando Daucik es sustituido por un inglés llamado Tom Snedon. Sus consejos -en aquel momento, el fútbol de las Islas volvía a brillar por todo lo alto- fueron también muy valiosos para Kubala.

En aquella época, su club realiza una excursión por Bélgica y Luxemburgo en busca de divisas. En la capital belga, unos directivos del Vasas -el nuevo nombre del Ferencvaros- se entrevistan con Kubala y le piden que fiche otra vez por su antiguo equipo. La situación del Vasas era comprometida, casi angustiosa. Necesitaba refuerzos urgentes para aliviar su clasificación en la Liga húngara. Su entrenador, Snedon, le recomendó que fichara por un equipo inglés, pero Laszi acabó por escuchar la voz del corazón... y los 80.000 florines del Vasas que sirvieron para comprar una nueva casa en Budapest, en la que durante mucho tiempo viviósu madre hasta que falleció a los 73 años. Para celebrar el acontecimiento, salió a la calle y recogió a varios pobres. Los llevó a un almacén para vestirlos de pies a cabeza.

Cuando se incorporó al Vasas, faltaban 14 partidos para terminar el campeonato. De ahí y hasta el final de la competición, su equipo ganó 13 encuentros, y el único que perdió le impidió conquistar el título. Su trayectoria iba hacia arriba. Nuevamente fue internacional húngaro en la Mitrope Cup, donde fue elegido mejor jugador del torneo. Mientras Laszi se encontraba en Budapest, su esposa Anna Viola dio a luz en la población checa de Saby al primer hijo del matrimonio: Branko.

"De Ladislao se pueden decir dos cosas vitales: una, que ha sido uno de los más grandes futbolistas de todos los tiempos, y otra, que es un hombre bueno en el sentido literal de la palabra.

Para mi fue una gran suerte que su llegada coincidiera con mi fichaje por el Barcelona, pues revolucionó técnicamente no sólo nuestras ideas, sino las de todo el fútbol español. Tenia una fuerza moral tan poderosa o mayor que su físico, y a su lado todo parecía más fácil, incluso hacer milagros. Hay algo que está en la mente de todos: su fútbol hizo pequeño Las Corts y en buena parte gracias a él se construyó el Camp Nou. Generoso, desprendido, afectuoso y con la bondad de un niño, es todo un personaje. Yo, que le he conocido y he vivido de cerca todas sus vicisitudes -las buenas y las malas-, podría explicar durante horas sus cualidades humanas. Me contentaré con decir que este homenaje servirá para devolverle una pequeña parte de lo que hizo por el Barcelona y el fútbol".

GUSTAVO BIOSCA

LA FUGA

Para entonces, la situación política le asfixiaba. Hungría formaba parte del llamado Telón de Acero y Kubala nadaba en un mar de preocupaciones. Siempre lo dijo: "No me interesa la política en absoluto. En Hungría me tocó vivir unos momentos muy complicados y nunca supe de dónde venía todo aquello. Sólo sentía que me ahogaba. La única cosa que comprendía es que era un pacifista y que siempre he estado en contra de todo tipo de violencia".

La situación internacional es tan confusa que no le permiten pasar de Hungría a Checoslovaquia para ver a su hijo recién nacido. La tiranía del Gobierno-títere comunista de Hungría le hace adoptar un firme propósito: huir a Occidente.

Esa postura era por aquel entonces una aventura casi inaccesible. Las dudas de Kubala eran tremendas. Era un burgués, medio extranjero y casado con una extranjera. Tras establecer contacto con un guía para cruzar la frontera austro-húngara, se fijó el día. Sería un domingo al anochecer, a principios de 1948. Con él iría Marik, otro internacional checo, y dos futbolistas más.

A mediodía de aquel domingo, se despidió de su madre. Tardarían 14 años en reencontrarse. Kubala dio todo el dinero de que disponía al hombre que hacía de guía. Nada más acabar el partido que disputó aquel día, fue a la cita. Había, además de sus compañeros, personas de los dos sexos. Les esperaba un camión con matrícula rusa. El guía dio uniformes del ejército soviético a los jóvenes que iban en la cabina y metió en la caja del camión a las mujeres, los viejos y los niños que completaban la dramática expedición.

Cerca de la frontera austríaca, se levantaba un puesto de vigilancia de la guardia húngara. Un centinela detuvo el camión, y a su pregunta de identificación, contestó una voz en ruso:

- "Ejército de Ocupación, Servicio de la Comandancia de Amunicionamiento".

El centinela les dio paso. Se había salvado la primera dificultad. Cuando se encontraban cerca del límite fronterizo con Austria, bajaron del vehículo e hicieron un largo recorrido a pie, entre colinas nevadas, ascensos peligrosos y un frío casi siberiano. Al acercarse el alba, pisaron tierra austríaca. Kubala y Marik se abrazaron. Los demás lloraban como niños, y entre sus sollozos murmuraban plegarias de agradecimiento al Señor. A Kubala le esperaban tres años de acorralamiento. Su mujer y su hijo quedaron atrás. No podría verlos hasta un año después, en junio de 1949.

Branko e Iby, el nombre familiar de su esposa, habían conseguido entretanto huir de Checoslovaquia y pasar a Viena. Salir de la capital austríaca, que entonces estaba ocupada y controlada por las cuatro potencias ganadoras de la guerra -Estados Unidos, Unión Soviética, Inglaterra y Francia-, era también una aventura.

La vida en un hilo

Cuando Kubala traspasa la frontera austríaca, su primer lugar de refugio es la estación invernal de Innsbruck. No tenía pasaporte y su situación era, por lo tanto, ilegal. Allí debían reunirse con un italiano que les proporcionaría visados para poder entrar en Italia. Laszi no tenía apenas dinero y no se atrevía a ir a un hotel por miedo a ser detenido. Fueron horas amargas, dramáticas, en las que no sabía si sería detenido y devuelto a Hungría con todas las consecuencias de un juicio seguro, o liberado por la suerte. Al fin llegó el emisario italiano con pasaportes falsos. Su primera parada fue Busto Arsizio. Allí había un equipo, el Pro Patria, que quiso ficharle junto a otros jugadores fugados. Pero la Federación de Hungría tenía entonces un gran poder y la FIFA la respetaba extraordinariamente, de modo que no había manera de conseguir la baja del Vasas. Era terreno prohibido. El club de Budapest exigía el retorno de Kubala para cumplir legalmente su contrato. Con habilidad, los húngaros marginaban toda cuestión política y se apoyaban, con todo su peso jurídico, en la reglamentación deportiva. Mientras tanto, los refugiados vivían en un campo de concentración de Udine. La intención de buscar nuevos horizontes en Estados Unidos no fue posible por falta de dinero.

El Inter y el Torino, dos clubs poderosos y conocedores de la valía futbolística de Kubala, intentaron también contratarle. Sin embargo, sus deseos tropezaban siempre con la rotunda negativa de la FIFA, presionada con fuerza por la Federación Húngara.

Con el Pro Patria jugó algunos partidos amistosos, pero no sirvieron para endulzar la áspera negativa de Budapest. Mientras tanto, el Torino insistía, e incluso invitó a Kubala a jugar un encuentro en Lisboa. Por entonces, el Torino era uno de los mejores equipos continentales, si no el mejor, y era también la base de la 'squadra azzurra', con jugadores míticos como Mazzola y Carapellese. Unas horas antes de que Laszi pudiese formar parte de la expedición, le llegó la noticia de que su mujer y su hijo, que estaba gravemente enfermo, habían huido de Checoslovaquia y le esperaban en Udine. Kubala rechazó el viaje a Lisboa para ir a recibirlos. Fue algo milagroso. En el vuelo de vuelta desde la capital portuguesa, el avión que conducía a todo el equipo, sus técnicos y dirigentes, se estrelló contra los muros medievales de la Basílica de Superga, en el descenso hacia el aeropuerto de la capital piamontesa. Murieron casi todos. Con el accidente que sufrió años después el Manchester United en el aeropuerto de Munich, ésta fue la tragedia más grande sufrida por un club de fútbol.

El Hungaria

Abortados todos los intentos de los clubs italianos por fichar a Kubala a causa de la rígida postura húngara, Laszi y los demás jugadores huidos de su país se encontraron ante una situación desesperada. Pasaban hambre, y su posibilidad de

reanudar la carrera futbolística estaba en punto muerto.

Fernando Daucik, que también había huido de Bratislava, tuvo la idea de formar un equipo de expatriados para ofrecer sus servicios a aquellos países que quisieran acogerlos para disputar encuentros amistosos. España fue la salvación. Santiago Bernabéu y Raimundo Saporta actuaron de interlocutores. Y el Hungaria, en el que además de Kubala figuraban otros jugadores como Marik (Eslovaquia), Monsider (Yugoslavia), Simotec (Rumanía) y toda una legión de húngaros, rusos y búlgaros.

El Hungaria debuta en Madrid y causa sensación con una victoria por 4-2. Después disputa otros partidos como 'sparring' de la selección española, y actúa también en cualquier ciudad que les reclama. Su fútbol artístico, primoroso y vanguardista supone una promoción inmediata en el ambiente deportivo del país. Dos exhibiciones, en La Coruña y Santander, sirven de precedente al encuentro de Kubala y sus compañeros ante el Español en Sarrià.

Su gol inicial hace historia. Aquel equipo de contrabando, lleno de apátridas, conquista al público barcelonés con jugadores jóvenes, al inicio de su carrera, y otros más veteranos. En Sarrià, Kubala puso el balón en juego desde el círculo central. Retrasó el esférico a Marik y éste le envió un servicio alto, hacia el área blanquiazul. Kubala elevó suavemente la pelota por encima de la cabeza de su marcador, y antes de que el balón tocara el suelo empalmó una volea formidable que se estrelló en las redes españolistas. Visto y no visto. Un relámpago de fulgor, una exhibición de talento y clase. Agustín Montal Galobart, entonces presidente del Barcelona, y el vicepresidente, el Doctor Mestre, le dijeron a Rosendo Calvet, secretario de la Junta: "Este chico es extraordinario. No lo podemos dejar escapar. Prepara un contrato para esta misma noche". Poco antes, el Real Madrid se había interesado también por su fichaje, pero dejó aparcado el tema en vista de las dificultades. La FIFA seguía reacia a otorgarle la libertad, y por otro lado, Kubala exigía, junto a su contratación, la de Fernando Daucik como entrenador barcelonista.

En principio, Kubala firmó un contrato como azulgrana el 15 de junio de 1950, dos años después de haber huido de Hungría. Samítier tuvo fe. El emblemático ex-jugador azulgrana removió cielo y tierra, viajó como un loco, habló con medio mundo, imploró y amenazó. La Federación Española que presidía Sancho Dávila también tomó cartas decisivas en el asunto. Muñoz Calero, miembro español de la FIFA, siguió el mismo rumbo e incluso advirtió al máximo organismo futbolístico que si no se permitía jugar a Kubala, España y las naciones sudamericanas se retirarían de la FIFA. El Barcelona, por su parte, prometió indemnizar al Vasas. La FIFA se tambaleó.

No era lógico ni humano, según el argumento español, que Kubala, exiliado, fuese perseguido. No era aceptable que le impidiesen ganarse la vida con su profesión, derecho inalienable de cualquier persona. El 'caso Kubala', uno de los más

famosos de la historia del fútbol, había nacido.

A todo esto, el Hungaria seguía haciendo bolos por España, actuando en cualquier lugar para recoger dinero con el que pudiesen subsistir sus jugadores. La calidad de su juego les sirvió para visitar casi toda la península.

La nacionalización

Daucik había sido nombrado, en el interín, entrenador del Barcelona, que en aquel momentó era sólo cuarto en la Liga. Era necesario hacer todo lo posible para que Kubala fuese fichado reglamentariamente.

Durante 1951, las esperanzas de una solución feliz se alternaron con las decepciones. Kubala se consumía de impaciencia. La FIFA se decidió, por fin, cuando el Gobierno español consumó la nacionalización de Kubala. La situación dio un giro de 180 grados. No se trataba ya de un caso deportivo, sino de un juego mucho más profundo. La FIFA claudicó, y aunque sólo fuera por tres votos a favor y dos en contra, otorgó a Laszi su libertad del Vasas. Kubala, que estaba a punto de cumplir 24 años, recibió la anhelada autorización en abril de 1951. Tenía abierto el horizonte de su vida. Quedaban atrás la aventura de su huida, sus amarguras italianas, con las sucesivas negativas del Pro Patria de Busto Arsizio, Inter y Torino por ficharle -en el caso del Torino se reclamó la intervención del entonces poderoso jefe del Partido Comunista Italiano, Palmiro Togliati- y, en definitiva, su vida de vagabundo errante. La libertad del jugador más perseguido de todos los tiempos era un hecho.

Antes, en medio de aquella selva de preceptos legales, odios, antagonismos e ideologías, Kubala había debutado con la camiseta del Barcelona el 12 de octubre de 1950, contra el Osasuna de Pamplona. El equipo blaugrana ganó por 4-0, pero Kubala no volvió a jugar hasta el partido de Navidad de aquel año, en el que ganó al Frankfurt por 4-1. Al día siguiente, San Esteban, el Barga volvió a ganar por 10-4. Las actuaciones de Kubala fueron excepcionales, y Les Corts rugía de entusiasmo ante cada una de sus intervenciones.

Resueltos todos los problemas legales, Kubala debuta oficialmente en la Copa del Generalísimo, contra el Sevilla en el Nervión. Era el 29 de abril de 1951. El Barcelona venció por 0-2, y en el choque de vuelta se impuso de nuevo por 3-0, con el primer gol oficial de Kubala -de penalti- en su nuevo club. Después, el Barcelona elimina sucesivamente al Atlético de Tetuán y Athletic de Bilbao, y juega la final en Chamartín contra la Real Sociedad, imponiéndose por 3-0. El nuevo refuerzo barcelonista comienza a marcar las diferencias en España.

Riadas de aficionados felices y asombrados invaden Les Corts en las siguientes temporadas. Kubala es una atracción mágica. Se coloca así la primera piedra de lo que luego sería la construcción del gigantesco Camp Nou. La necesidad de disponer de un nuevo estadio tuvo un artífice: Kubala. Al cabo de seis años, esa necesidad se hizo realidad. Francisco Miró Sans, un hombre de fe nunca suficientemente

recordado, levantó los cimientos de una nueva época en la historia del Barcelona. Hoy en día, con su capacidad para más de 100.000 espectadores, nos parece algo absolutamente normal, acorde con la importancia del club. Pero hasta que llegó Kubala, la idea sólo parecía factible desde el punto de vista de la fantasía y del delirio.

Todo se arregló. La compensación económica al Vasas y al Pro Patria -club con el que había firmado un contrato provisional por un millón y medio de liras, para ir ganándose el sustento diario- supuso el final del acto del hambre. En la lucha por recuperar su condición de ciudadano libre, Kubala contó con inestimables colaboraciones, entre ellas las de un grupo de intelectuales encabezado por José María Cossio.

Laszi respira tranquilo. Había pasado meses de intranquilidad, de inquietud profunda. Su segundo hijo, Ladislao, había nacido en Italia, y sus preocupaciones económicas no eran menores que las psicológicas. Quedaba en un desvanecido recuerdo aquella entrevista, en Zurich, con el secretario general de la FIFA, Slicher, que le había prometido que todo se arreglaría pronto. Algo que no se emparentaba con la realidad de aquel tiempo, pero que dio a Kubala una ilusión que tardaría mucho tiempo en confirmarse.

Aquel chicarrón rubio

En Italia, aunque nunca jugara oficialmente, Kubala ya impresionó a todos los técnicos. Incluso se publicó un libro en su honor, titulado 'El otro Kubala'. Su autora, Francesca Petrela, hacía un canto erótico-lírico del jugador:

> "Mi héroe es rubio como un Dios vikingo, es alto y fuerte como un guerrero griego: por eso sufre, por eso ama".

Este extracto es el más comedido de todo el poema. Y es que Kubala tuvo éxito con las mujeres. Su complexión atlética, sus facciones agraciadas, su pelo rubio, sus ojos azules y un aire entre tímido y osado le hicieron ganar el respeto y la admiración del sexo contrario. Pero no fue un conquistador en el sentido literal de la palabra. Más bien se sintió conquistado. Sus grandes amores son reducidos. Durante décadas ha mantenido una estrecha y amistosa relación con Paulina Ribas, Lina, recientemente fallecida, y a la que conoció como recepcionista del Hotel Espléndido, en la calle Pelayo, durante la estancia del Hungaria en Barcelona. Lina fue para Laszi una secretaria ideal, una amiga entrañable y una relaciones públicas única.

Pero a Kubala no le gusta hablar de las mujeres de su vida y cambia siempre de tercio cada vez que se trata el tema. Sólo dice que "el amor es una de las cosas por las que merece la pena vivir. Pero el amor en el más amplio sentido de la palabra: el

amor por nuestra profesión, por nuestra familia, el amor por las cosas hermosas, por el arte". Kubala es, en el fondo y en la forma, un hombre bueno. Lo que más admira en los demás es la inteligencia y lo que más le disgusta, la hipocresía.

Es un hombre respetuoso con las creencias de su prójimo. Dice que es religioso a su manera. De niño y adolescente iba mucho a la iglesia, pero se dio cuenta de que no por ello era más creyente. "En la vida cotidiana -afirma- sólo hay que hacer el bien por los demás. Esto es lo importante". El dinero, asegura, es necesario, aunque él no le da mucho valor. Siempre ha sido abrumadoramente generoso, sobre todo con los compatriotas en apuros que encontraba a lo largo de sus viajes. Les daba todo lo que tenía. En París, en una ocasión, regaló su chaqueta y su camisa a uno de ellos. Osterreícher, el que fue secretario técnico del Español y que conoció profundamente a Kubala en Hungría, le decía: "Laszi, tú no sabes si el dinero se mide por kilos, por litros o por kilómetros".

Al chicarrón rubio que descubrió un nuevo fútbol para los barceloneses, con su mirada candida y su humildad perpetua, le han gustado siempre los trajes azules. Luego le convencieron de que igualmente le sentaban bien el marrón y el beige. Siempre ha sido bastante coqueto; le gusta ir acicalado. Buen terno, buenas camisas, corbatas, y un buen perfume. Y ahora hace malabarismos con el peine para disimular los cabellos que ya le faltan.

Ha sido, dentro de su accidentada y azarosa vida, un hombre con suerte. Pero afirma sencillamente que la ha buscado. Samitier, su segundo padre, decía de él: "En mis tiempos hubiera sido el amo. Ahora, ya lo es". Ricardo Zamora y Paulino Alcántara no se quedaron atrás: "Es un superfenómeno".

Una de sus pocas sensaciones negativas es volar. Los aviones, después de haber hecho millones de kilómetros en ellos, le producen una cierta aversión. Al principio, volar era algo que le divertía. Después fue cogiendo respeto, y ahora siente pánico por los 'jets'. En la cabina, cuando viaja, suda, se aferra a los brazos de su butaca y apenas se mueve o habla.

Se siente español por todos los lados y barcelonés de los pies a la cabeza. "Soy español, no sólo por el pasaporte sino porque lo siento. Me lo dice el corazón. Uno es de donde pace, no de donde nace. Y soy un barcelonés y catalán con todo el alma. Es un entorno, no sólo geográfico, sino ético y social, con el que me siento identificado plenamente. Que me llamen español más allá de las fronteras es algo que me enorgullece. Que me digan catalán dentro de España, me emociona". Ha bebido en la fuente de Canaletes. Ha celebrado muchos desayunos en el Borne. Hizo pequeño Les Corts y contribuyó poderosamente a que el Camp Nou fuera una realidad.

Dicen que los checos son un poco como los ingleses. Fríos, pero con sentimientos tan intensos como cualquiera. Su apariencia de alejamiento es falsa. Kubala tiene una humanidad tan grande como el nuevo estadio blaugrana.

"Kubala fue un extraordinario jugador que, además, trajo a España una serie de mejoras y perfecciones que no eran conocidas en nuestro fútbol. Dentro de lo que he visto, y he visto mucho, se le puede situar en la élite de los mejores de todos los tiempos.

Como persona, ¿qué voy a decir? Cuando llegué a Barcelona desde Galicia, yo era poco más que un niño. Me guió y me aconsejó, no sólo desde el punto de vista técnico, sino también humanamente. Nunca podré agradecérselo lo suficiente.

El detalle que tuvo conmigo cuando a los 37 años me llevó a la selección no lo podré olvidar nunca. En realidad, yo no había tenido una despedida oficial del fútbol español. Él me la brindó, ¡Y con qué elegancia!".

LUIS SUÁREZ

EL HOMBRE QUE HIZO HISTORIA

Cuando Kubala llega al Barcelona y empieza a desplegar su juego maravilloso y, sobre todo, novedoso, Les Corts, ya lo hemos dicho, se queda pequeño. La 'bombonera' blaugrana reunía a unos 45.000 espectadores, pero Kubala la hizo insuficiente. Aquel chicarrón corpulento, fuerte como una roca, con una singular inteligencia balompédica y una facilidad deslumbrante para hacer goles, es un superdotado, un hombre de otra galaxia. Pero con todo, nadie podía imaginar que aquel atlético rubio, que apenas hablaba unas pocas palabras de italiano, iba a convertirse en una institución, en un formidable movilizador de masas y en una de las grandes figuras deportivas de nuestro tiempo.

"¡Hala, hala, Kubala!" fue un grito que se hizo popular. Marcaba goles como churros -siete en un partido, su récord, cinco en otro- y los entregaba a docenas.

Se habló de una pequeña rebeldía en algunos compañeros por el hecho de que la cifra tope de ficha para los internacionales era de 125.000 pesetas al año. Kubala percibió, de entrada, un millón. Pero ese esbozo de rebeldía, si es que existió, murió virtualmente al poco de nacer. Todos comprendieron que Laszi iba a ser una mina y que su fútbol proporcionaría tantos triunfos que sólo en primas se podía ganar más dinero que con la tarifa de fichaje.

Kubala no era insolidario, y aunque en Budapest o Bratislava no conocía a ningún vecino, sus sentimientos eran abiertos, y sólo había que verlo aconsejando a los jugadores más jóvenes u orientando a los demás.

Nunca se retiró de un terreno de juego en partidos oficiales, salvo cuando fue expulsado en dos ocasiones. Una por Gardeazábal, ya fallecido, en un Barcelona-Real Madrid en el que tuvo unos dimes y diretes con Oliva, el defensa central blanco -incidente que provocó amplia indignación entre los seguidores blaugrana-, y otra con Zariquiegui, en Sarria, cuando por defender a Czibor de unos insultos, protagonizó un pequeño altercado. Tan consciente estuvo de su falta de corrección y de su acaloramiento que, antes de que Zariquiegui llegase a su lado para decretar la expulsión, Kubala, de 'motu propio', emprendió el camino del vestuario.

En Checoslovaquia, jugó todo un campeonato con una fractura en un dedo del pie. En Santander, con la clavícula rota, aguantó hasta el final. En San Mames, en una entrada de Arieta, sufrió posiblemente la lesión más grave de su vida: una rodilla destrozada. Mientras Angel Mur, su amigo y masajista, le gritaba: "¡Sal, por favor! ¿No ves que tienes la pierna hecha polvo?". Kubala ni se inmutó. Se acercó a la banda, dejó que Mur le hiciese una cura de urgencia con una venda acartonada, y volvió al terreno sin apenas moverse pero dispuesto a no desmoralizar con su baja a los compañeros. Y aguantó hasta el minuto 90. Nadie, ni siquiera el médico del Athletic de Bilbao, se lo podía creer.

Al principio de su carrera, en un partido amistoso en Bruselas, se lesionó en la columna vertebral. El nervio ciático quedó afectado, y le provocó un dolor irresistible. Ahí sí tomó el camino del vestuario, pero no se trataba de un encuentro oficial.

Amante de la música italiana, de las biografías de Andre Maurois y de Stefan Zweig, Kubala, a quien sus compañeros del Barcelona conocían humorísticamente por 'Cabezón' (cada uno tenía su sobrenombre; César era 'Pelucas', Biosca 'El Gitano', Czibor 'Pájaro Loco' y Suárez 'El Gallego'), era adorado por todo el equipo. Su desprendimiento era proverbial, y hay jugadores que le deben agradecimiento a su excelente ojo clínico. Gracia, por ejemplo, empezó como extremo izquierda, y Laszi le recomendó que jugase de lateral, puesto en el que llegó a ser internacional.

Sencillez y afecto eran algo consustancial en él. No le arrastraba el dinero, y cuando una vez le robaron de su coche 200.000 pesetas, se limitó a decir: "No tiene importancia, sólo deseo que al que me lo ha quitado le sirva para hacer algún favor". Para él, lo único que contaba era su fiebre por el fútbol. Mientras los demás jugaban a cartas y al dominó, o leían cortas novelas policiacas, él se pasaba las horas pensando en el próximo partido. Rechazó tentadoras ofertas, algunas multimillonarias, como la de la Juventus de Turín o la del River Píate de Buenos Aires, a causa de su obsesión por continuar en el Barcelona. Cuando dejó el club azulgrana -en un polémico 'affaire' que le hizo vestir los colores del Español- no se marchó, le echaron. Como suena.

Su vida era una caja de resonancias tremenda. Todo cuanto le afectaba se convertía en un torrente de rumores más o menos ciertos. Los pecadillos de juventud, que los tuvo, se engrandecían en historietas casi noveladas. Recibía de 20 a 30 cartas diarias, y en algunos momentos, cuando su prestigio estaba al máximo nivel, hasta 200 y 300. Su popularidad era formidable. El famoso locutor Soler Serrano hizo una encuesta para elegir, entre 28 figuras ilustres, al favorito del público. Kubala obtuvo el número uno.

En cierta ocasión, cuando la plantilla blaugrana acudió a una recepción en el Palacio Arzobispal de Barcelona, le iban siendo presentados al prelado sus componentes. Cuando le tocó el turno a Ladislao, el purpurado, con una sonrisa amplia, dijo rápidamente: "A éste ya le conozco. Es Kubala".

Los elogios llovían sobre él. Un excelente y conocido crítico, Santiago Codina, escribió de él: "Nadie puede dudar que Kubala hizo historia con su llegada, con un fútbol distinto, espectacular, creativo, sensacional. Nunca el equipo blaugrana había tenido -ni ha vuelto a tener- a un ídolo semejante, capaz de encandilar hasta límites insospechados a la parroquia barcelonista. En su plenitud física, Kubala era una verdadera maravilla. No sólo por sus genialidades con la pelota en juego, sino por su toque mágico en los balones parados, tanto en el lanzamiento de penaltis -con la

paradiña que hizo famosa- como en el efecto que propinaba al esférico en los golpes francos. Era implacable en este aspecto. Al margen de esta formidable calidad balompédica, Kubala demostró unas cualidades humanas inmensas. Incontables compatriotas suyos que recalaban en España, huyendo del terror rojo, hallaron en él a un valedor único".

Fue, en definitiva, un jugador que hizo historia, y con Pepe Samitier, el hombre más emblemático que ha existido en la historia del club. El Barcelona, a fin de cuentas, contrajo una deuda de gratitud con él que permanecerá impagada, aunque ya veremos en esta historia que sus relaciones no fueron unas bodas absolutamente felices.

Su dramática enfermedad

En septiembre de 1952, con motivo de las Fiestas de la Mercé, se organizó un amistoso Español-Barcelona. En su transcurso, Kubala sufrió una pequeña lesión en la rodilla. Algo de poca importancia, de lo que debería restablecerse con prontitud. Le atendía el doctor Manchón. El 30 de septiembre de aquel mismo año, al preguntarle el médico cómo se encontraba, contestó. "De la rodilla bien, pero tengo una tos que no me deja vivir".

Las oportunas radiografías revelaron una lesión pulmonar. Los síntomas eran graves. El análisis confirmó la existencia de una infección tuberculosa adquirida por contagio.

La alarma fue terrible, y la consternación, general. Las mejores eminencias médicas fueron consultadas. Se habló incluso de enviarle a Suecia para ser operado. Llegó a escribirse una ficha médica en la que se anotó dramáticamente: "No apto para el deporte".

Surgieron entonces los nombres de los doctores Mestre y Recasens. Este último había conseguido curar a Aloy, afectado también por una tuberculosis, una enfermedad que entonces hacía poner los pelos de punta a cualquiera. Kubala perdió seis kilos de peso y su formidable capacidad pulmonar había descendido de siete a cinco litros.

El Doctor Recasens dio su terapéutica. Laszi necesitaba buenos aires, comida sana y descanso. Monistrol de Calders fue el lugar escogido para esta cura de reposo. El Doctor afirmó que en tres meses Kubala estaría en condiciones de volver a los terrenos de juego. Otros médicos no se mostraron, ni mucho menos, tan optimistas. El 27 de octubre, Ladislao llegó al popular pueblo. Milagrosamente, el proceso de curación se enderezó de manera rápida. A los 20 días justos, la medida de su lesión se había reducido considerablemente, y su peso había aumentado en ocho kilos. Las nuevas radiografías demostraron que el bacilo de Koch había desaparecido de su organismo.

La noticia corrió de boca en boca y supuso para los aficionados lo mejor que

había sucedido en mucho tiempo. En diciembre, contraviniendo las órdenes médicas, ya iba al campo de fútbol local a entrenarse. Su cómplice era Claudio, que le bajó de Barcelona un par de botas.

El Doctor Recasens se equivocó de poco en su pronóstico. El 24 de febrero, después de 13 jomadas inactivo, Kubala reapareció en El Sardinero. El partido se saldó con un empate a tres. La vuelta de Kubala contribuyó poderosamente a que el Barcelona ganase el título de Liga 1952-53. Un periódico de la época, comentando la milagrosa resurrección de Laszi, escribió: "Cuando se detectó su enfermedad, hubo una angustia general, sólo comparable a la que provocó la subida del precio del pan. Cuando se curó, parecía que a todo el mundo le habían subido el sueldo".

El 1 de marzo, ante el Zaragoza, en su vuelta oficial a Les Corts tras la enfermedad, Lasz fue recibido como un héroe. Fue un 'festiva Kubala' y el Barcelona ganó por 8-0.

De su paso por Monistrol quedan algunas anécdotas. Una, cuando Kubala cogió al maestro de escuela del que se había hecho amigo, le ató con una piel de cordero y lo dejó en el balcón. Era diciembre, con un frío terrible. El hombre bramaba. Cuando fue liberado, quería matar a Kubala. Después de ardorosas explicaciones y de convincentes disculpas, la amistad entre ambos se restableció.

El gran sueño del estadio

Todo el entusiasmo que Kubala despertaba entre sus incondicionales seguidores quedaba compensado con la irritación que provocaba en sus contrarios. Jugadores rivales con pocos recursos sobre el césped pasaban de la admiración a la rabia. La caza de Kubala se inició. Los insultos, "Extranjero, vete a tu tierra", "¿Furia? ¿Dónde se vende eso?", "Ladislao, chalao, chalao" y otras cosas peores reflejan una xenofobia poco corriente. Por eso ha sido uno de los hombres más castigados del fútbol, con 19 anotaciones médicas, cuatro por enfermedad y 15 por lesiones e intervenciones quirúrgicas. Con su proverbial deportividad y con una sangre fría admirable, Kubala se limitaba a comentar que "aunque reciba mucha 'leña', he de aguantar, he de tener paciencia, conquistar a todos los públicos".

Le costó, pero lo consiguió. Y logró lo que quizá ningún otro jugador podía haber hecho: construir un nuevo estadio donde su fútbol de ensueño pudiera llegar a los ojos maravillados del mayor número posible de espectadores. El día de la Mercé de 1957 -pocas semanas después de que el Barcelona hubiese ganado en Montjuíc al Español en una histórica e inédita final de la Copa del Generalísimo entre los eternos rivales-, Francisco Miró Sans presencia la inauguración de 'su' estadio, una obra que sólo fue posible gracias a Kubala. Su construcción costó unos 300 millones de pesetas, una cifra que ahora puede considerarse ridicula. Casi 1.500 bailarines interpretaron una sardana gigante, y se soltaron 12.000 palomas. El rival del partido inaugural era la selección de Varsovía, integrada por jugadores del Legia y el

Guardia. El Barcelona ganó por 4-2 y Eulogio Martínez marcó un primer gol para la leyenda. Kubala no goleó, pero era consciente, como los 100.000 aficionados que se dieron cita en los graderíos, de que la monumental obra, orgullo de la ciudad, de Catalunya y de España, era y es un regalo formidable para las generaciones venideras. El mejor jugador de todos los 'Barças' de la historia podía sentirse feliz. El regalo que ofrecía a sus seguidores era incluso mayor que todos los títulos con que les había obsequiado.

"¿Qué puedo decir yo que no sepa todo el mundo, especialmente los que tuvieron la suerte de verlo jugar? Era un monstruo. En todo. En técnica, en espíritu y moral, en sacrificio. Un día, en San Mames, Arieta le hizo una fortísima entrada y le destrozó la rodilla. Le dije a Laszi que se retirase, que aquello era grave. "Haz lo que puedas porque yo no me retiro. Si me voy, igual perdemos", me contestó. Se ganó por 0-1, pero Kubala se mantuvo en el campo desde el minuto 12 con una especie de yeso, aunque de cartón, que me trajo Modesto y que yo improvisé, desde el tobillo hasta el muslo. ¡Lo que debió dolerle! Aguantó hasta el final. Nadie se lo quería creer. En 86 años de vida no he visto nada semejante.

Como persona, ¿qué voy a decir también? Ha sido un buenazo toda la vida, y muchos desaprensivos se han aprovechado de ello. Cualquiera que le hacía una petición sabia que la conseguiría. Recuerdo que en aquel tiempo, yo cobraba dos mil pesetas mensuales, y en un viaje a Las Palmas, todo el equipo se hinchó a comprar cosas. Yo sólo miraba. Entonces, Kubala me dijo: "Ángel, cómprate algo, que te lo regalo yo". Me negué. Insistió tanto, que al fin Daucik, el entrenador, me dijo: "Ángel, cómprese algo, porque si no Laszi se va a enfadar de veras".

ÁNGEL MUR (padre)

LAS CINCO COPAS

José Samitier, el hombre básico que consiguió con su constancia y tozudez salvar todas las barreras para que Kubala jugase en el Barcelona, explicaba de esta forma qué representaba Laszi en nuestro país:

-Kubala ha sido el gran pilar sobre el que se ha asentado el aumento de la afición al fútbol en Catalunya.

¿Hay alguna comparación entre Kubala y Di Stéfano?

-Los dos han aportado belleza y espectáculo al balompié como ningún otro as lo había hecho hasta el momento.

¿Con Kubala ha mejorado la técnica?

-Gracias a él tenemos una técnica muy superior a la de antes. No hay duda que en el camino de la superación del fútbol en España, Kubala y Di Stéfano han sido los factores determinantes.

¿Habría triunfado Laszi en su época de 'home llagosta'?

-En mi época, Kubala hubiese sido el mejor, a pesar de los buenos jugadores que había entonces.

¿Antes de Kubala, qué había?

-Mucho y bueno, pero Kubala ha sido el primero en crear escuela y alto rango. Si se me permite una valoración lírica, nuestro fútbol pasó de opereta a ópera.

La llegada de Kubala es una especie de marcha triunfal. En 1951, el Barcelona se proclama campeón y en la temporada siguiente conquista Liga, Copa y Copa Latina. Luego se adjudicaría las Ligas de 1952-53, 1958-59 y 1959-60, las Copas de 1952, 1953 y 1957 y dos Copas de Ferias, en 1958 y 1960.

En su primera Copa, Kubala ya había demostrado que con su presencia el Barcelona era irresistible. Y la lógica se cumplió. En la campaña de 1951-52, nadie se resistió a los azulgrana, que se adjudicaron los dos torneos oficiales, Liga y Copa, además de la Copa Latina y los trofeos oficiosos en juego por entonces: la Copa Duward y la Copa Martini Rossi. Es decir, las 'Cinco Copas'. Además, se hizo con el trofeo Eva Duarte de Perón, que se jugaba entre los campeones de Liga y Copa de España, y que en esta ocasión no se disputó por haberse coronado campeón en ambas el Barcelona.

El período de las Cinco Copas es inolvidable. En el torneo de la regularidad de aquella temporada 1951-52, el Barcelona comienza mal y pierde en Sarria, ante el Valencia en Les Corts y poco después en Madrid por un apabullante 5-1. Las cosas pintan mal, pero a partir de la undécima jornada, los blaugrana inician una fantástica recuperación y no conocen la derrota durante diez encuentros consecutivos, de modo que se colocan a un sólo punto del Real Madrid, que es líder. En la vigésima jornada, el Barcelona desbanca al equipo blanco y en una recta final devastadora se hace con

el título.

Hay algunos choques que vuelven loco al público: 5-1 al Celta, 9-0 al Sporting y 7-0 al Las Palmas. Kubala y sus compañeros lo arrasan todo y acaban el campeonato -30 partidos- habiendo marcado 92 goles. Kubala es el máximo artillero con 26 'dianas', aunque en el conjunto de todas las competiciones alcanzó 38. Al conjuro y hechizo de Kubala, la temporada se convierte, hasta hoy día, en una de las mejores del historial barcelonista.

La Copa se inicia con buen pie. Caen eliminados sucesivamente Atlético de Madrid y Valladolid, y se llega a la final, en Madrid, contra Valencia. El comienzo del cotejo no puede ser más sombrío para los blaugrana, porque lo 'ches' se adelantan con un 0-2. El Barcelon parece herido, pero no muerto. Basora y Vila igualan el marcador. Después, Kubala y César, con dos goles soberbios, establecen el marcador definitivo: 4-2.

Y llega la gran cita de París: la segunda edición de la Copa Latina. Participan en ella la Juventus de Turín, el Olympique de Niza, el Sporting de Lisboa y el Barcelona.

El 26 de mayo de 1952, en la primera semifinal, el Barcelona derrota a la poderosa Juventus de Turín por 4-2, con goles de Manchón, Basora (2) y Kubala. La final contra el Niza -que había derrotado al Sporting por 4-2 también- se juega tres días después. El título se decidió con un cabezazo de César en un golpe franco sacado magistralmente por Kubala. La verdad es que el equipo de Daucik hizo méritos para obtener un resultado más amplio.

La Copa Latina era el torneo continental más importante de aquella época, y es explicable el entusiasmo y el clamor que el éxito despertó. Desde Port-Bou a Barcelona, el regreso del equipo fue un auténtico paseo triunfal. A partir de Mataró, el relato del viaje fue virtualmente inenarrable. Miles de coches, autocares y motos se unieron a la comitiva. En las calles de Barcelona, el espectáculo fue de los que dejan huella. Más de un millón de personas se volcó para dar la bienvenida a los campeones. Algo apoteósico.

No sólo era Laszi

En el periplo barcelonista del protagonista de esta biografía, justo es considerar que Kubala tuvo como compañeros a numerosos jugadores de extraordinaria clase. Kubala recuerda: "Sin ellos, mi juego no hubiera sido el mismo y los triunfos hubieran sido mucho más difíciles". Pero aquí no vamos a recoger ni mencionar -queda para otra ocasión- los laureles de Ramallets, Segarra, Basora, Biosca y compañía.

Sí es materia de este volumen detallar algunas de las opiniones que sobre Kubala tenían varios de sus compañeros:

Seguer: "Tuve la fortuna de jugar durante siete temporadas junto a él. Era un

fuera de serie y no creo decir nada nuevo al asequrar que es el mejor extranjero que ha vestido la camiseta blaugrana. Con Kubala se ganaron cuatro Ligas y cinco Copas del Generalísimo, además de la Copa Latina y la Copa de Ferias, un balance que habla por sí solo. Su clase y capacidad de rendimiento radicaban, sobre todo, en el hecho de que era tan bueno en casa como en los desplazamientos. Nadie le intimidaba. Un día, en Oviedo, marcó un gol con el torso desnudo, porque un defensa le había rasgado y arrebatado la camiseta al intentar detenerle. Como persona, no tenía comparación. Era un ejemplo. Fui segundo entrenador del Barcelona, a sus órdenes, y como técnico era igual de humano que como jugador".

Ramallets: "Persona y 'crack' se armonizan en él perfectamente. He estado muchos años en el fútbol y conozco a todos los grandes jugadores de mi época. Pues bien, a Kubala no le hacía sombra ninguno".

Manchón: "Si como jugador fue extraordinario, como persona todavía es mejor. Puedo dar fe de ello. Era el mejor de su época y, para mí, el mejor de todos los tiempos. No sólo poseía una técnica soberbia, sino que era capaz de inyectar una moral inmensa a todos los que estábamos con él. En los descansos, en ocasiones, me solía consolar de mis errores -'vamos, pequeño, que esto no es nada. En el segundo tiempo vamos a arrollar'-, y cuando le veíamos subirse las mangas de la camiseta, sabíamos que íbamos a ser imparables. Era algo fantástico. Se ha hablado mucho de Pelé, Di Stéfano y Puskas, y más recientemente de Cruyff, Maradona o Schuster, pero para mí Ladislao ha sido el más grande".

Segarra: "La llegada de Kubala al fútbol español es parecida, en cuanto a ambientación, al interés que despertó la llegada de Arruza a los toros. El toreo había decaído, y el maestro mexicano le dio un nuevo empuje. La clase individual de Kubala fue indiscutible. Además junto a su técnica excepcional, se encontró con un equipo joven y de talento".

Una faceta poco conocida

Hay una faceta en Kubala poco conocida: la de actor de cine. En Italia, en la época de su obligado exilio tras huir de Hungría, ganó algún dinero como extra. En España le ofrecieron un papel para la película "Once Pares de Botas", pero renunció diciendo medio en broma, medio en serio, que "si no es de protagonista, nada".

Sin embargo, más tarde le ofrecieron el papel estelar de "Los Ases Buscan la Paz", con guión del periodista Jesús Vasallo y con Antonio Bofarull, el que era propietario del restaurante 'Los Caracoles', como productor. El director, Ruiz Castillo, sentenció al terminar el rodaje: "Es un actor de los pies a la cabeza".

Nacido bajo el signo de Géminis, Kubala tiene una filosofía definida de la vida: "El hombre, por naturaleza, es bueno. Sólo la sociedad le obliga a veces a obrar mal".

Cuando estaba afectado por las lesiones, su baja se dejaba sentir poderosamente. Por eso en las temporadas 1954-55 y 1955-56 el Real Madrid se hizo con el título de

Liga. Por lo demás, la presencia de Alfredo Di Stéfano como eje del cuadro blanco era también decisiva. A pesar de esa laguna, su palmares en el Barcelona es impresionante: 349 partidos, de ellos 186 de Liga, 48 de Copa, 11 de Copa de Europa, 9 de Copa de Ferias, 2 de Copa Latina y 93 amistosos. Marcó 272 goles: 130 en Liga, 46 en Copa, 7 en Copa de Europa, 6 en Copa de Ferias, 1 en Copa Latina y 82 más en diferentes torneos o encuentros amistosos. Es el quinto máximo goleador de la historia azulgrana, por detrás de mitos como Alcántara (356), Samitier (326) o César (294).

Enormemente sentimental, no hace un viaje a Italia sin pasar por Turín para depositar un ramo de flores al pie de la Basílica de Superga, el lugar donde se estrelló el avión del famoso equipo italiano, en el que no viajó Kubala al tener que ir a recibir a su esposa y a su hijo mayor en la frontera austríaca.

Una de sus preocupaciones ha sido siempre inculcar en los jóvenes la pasión por el fútbol y la mejora de su técnica. Con Di Stéfano rodó un film pedagógico respaldado por la Federación Catalana, en el que explicaba sus teorías y, sobre todo, cómo vertirlas en la práctica habitual. En ese aspecto era una maravilla. Metía goles directos desde el córner cada vez que se lo proponía o anunciaba contra qué poste iba a estrellar la pelota desde fuera del área.

Dos anécdotas

Una vida tan larga y accidentada como la de Kubala arrastra una gran variedad de anécdotas. Contaremos dos.

La primera ocurrió en 1951, cuando para ser nacionalizado español tenía que recibir las aguas del bautismo, puesto que debía ser reconocido como católico. La ceremonia tuvo lugar en Águilas (Murcia) y fue padrino Armando Muñoz Calero, uno de los hombres que más trabajó para que la FIFA y el Vasas dejasen en libertad a Kubala.

La otra forma parte del misterio. Se iba a jugar en Roma, el 17 de marzo de 1954, un partido de desempate valedero para la Copa del Mundo contra Turquía. Minutos antes del saque de centro de campo, se recibió un telegrama firmado por la FIFA en el que se prohibía a Kubala tomar parte en el encuentro. Aunque no se alegaba en el texto ninguna razón para ello, el Doctor Iribarren, entonces seleccionador, y Sancho Dávila, presidente de la Federación Española, decidieron aceptar la extraña orden. Kubala no fue alineado, España empató a dos y, como era preceptivo, hubo que sacar del bombo una papeleta para ver qué equipo se calificaba. La mano inocente fue la de un niño italiano, Pierino Franco. Sacó la de Turquía y España quedaba eliminada entre la decepción y el disgusto de todos. El hecho provocó la dimisión de Sancho Dávila e Iribarren. Muñoz Calero envió una durísima carta a la FIFA, que respondió indicando que ignoraba todo sobre el asunto. Hasta la fecha, este fantasmal tele grama no ha sido aclarado.

La lucha con H.H.

Helenio Herrera es un hombre que sabe de fútbol, y que conoce muchos secretos del mismo. Buen psicólogo y hombre-estrella en todos los equipos que ha dirigido, no veía el 'Kubalismo' con buenos ojos cuando llegó al Barcelona. No es que despreciara a Laszi o no sintiera admiración hacia muchas de sus virtudes, pero no quería ser relegado a un segundo plano.

Desgraciadamente para Kubala, cuando Herrera llega en 1958, ya no está en su mejor forma. Las lesiones y el paso del tiempo han dejado huella. H.H. -el técnico de la 'farmacopea', como le llamaban- no sólo hacía una especie de vacio a Kubala, sino que entró también en conflicto con Samitier, el gran valedor de Laszi. Samitier, a la chita callando, se ahorra discusiones y se marcha de secretario técnico al... Real Madrid. La directiva no juega bien sus cartas y publica un comunicado que disgusta a la gran mayoría de seguidores: "El Consejo Directivo rompe el silencio para manifestar que Kubala, a partir del último partido de la primera vuelta de la Liga, se ha negado repetidamente a ser alineado, alegando baja forma o enfermedades de comprobación casi imposible. Paralelamente a esto, ha sido sancionado siete veces por incomparecencia a los entrenamientos sin ninguna justificación. Esta situación ha culminado con la negativa del jugador a ser alineado en el partido de Copa de Ferias contra el Inter. Todo ello demuestra en Kubala una falta de espíritu de colaboración que contrasta con la magnífica unidad y camaradería de los otros jugadores. Planteado así el problema, la Junta Directiva considera que tiene el deber de comunicar por última vez a Ladislao Kubala que manifieste formalmente si está dispuesto a acatar la disciplina del equipo. En caso contrario, la Junta adoptará las medidas que considere más oportunas y procedentes, aunque ello signifique prescindir de un jugador que, en circunstancias normales, nadie puede discutir".

H.H. había ganado su pequeña gran batalla. El comunicado causó estupor en la afición. Siete directivos, amargamente disconformes con aquel comunicado que olvidaba los grandes servicios prestados por Ladislao Kubala al club, presentaron la dimisión. Fueron los señores Peitx, Buxeres, Llaudet, Gibernau, Ribera, Agustí y Viñas.

La última baza

Kubala fue reivindicado, aunque tarde y mal. Sólo con la marcha de H.H. tras la catástrofe de la eliminación en la Copa de Europa contra el Real Madrid, el día de la Virgen de Montserrat de 1960, Kubala -que no había jugado esta aliminatona- volvió al primer plano.

En la vitrina de Kubala estaban prácticamente todos los títulos importantes del fútbol, menos la Copa de Europa. Su ilusión por conquistarla era tan grande o más que la de cualquier aficionado. Pero en la final del 31 de mayo de 1961, en Berna, el

Barcelona jugó quizás el partido en el que la suerte le ha vuelto más la espalda en la vida. El Benfica ganó por 3-2 en una tarde aciaga de la defensa blaugrana y de increíble infortunio. Cuatro balones se estrellaron en los postes portugueses y en varias oportunidades más se fallaron remates fáciles. Hasta los jugadores del Benfica, en el banquete oficial, pidieron disculpas por su suerte.

Kubala tenía 34 años. Lo había sido todo para el Barcelona, pero tocaba la hora de la despedida. En un emocionante comunicado a los medios de información, decía: "Mi vida como futbolista activo llega a su fin. Es una decisión impuesta por el tiempo y mi propio convencimiento. El 30 de junio de este año 1961 termino mi contrato. Soy un jugador castigado por las lesiones e incluso por una grave enfermedad. Abusar del club y forzarlo, en esta etapa final de mi carrera, sería poco noble de mi parte". El 30 de agosto del mismo año recibió el homenaje que se merecía. En un Camp Nou abarrotado, el Barcelona, reforzado por Di Stéfano y Puskas, grandes amigos de Laszi, ganó por 4-2 al Stade Reims. Kubala no marcó. Muchos aficionados lloraron; se iba el mejor.

Por la mente de los millones de aficionados que habían aplaudido rabiosamente a Kubala desde su llegada a la Ciudad Condal en 1950, pasaron como en un caleidoscopio relampagueante los momentos más triunfales de su favorito: las Copas y Ligas conquistadas, aquel inolvidable partido amistoso ante el Bolonia -en el que Kubala y Di Stéfano, unidos, compusieron una fantasía futbolística inolvidable-, la noche de la tángana contra el Botafogo, sus goles más espectaculares, los éxitos en la Copa de Ferias, su estilo incomparable, su sencillez cautivadora, su espíritu de deportividad, su entrega y sacrificio y, sobre todo, su amor al Barcelona, el equipo que, con independencia de cualquier otro factor accidental, ha llevado y sigue llevando en su corazón.

Dejaba a un lado también sus dos brillantes actuaciones en el mítico Wembley, cuando formando parte de la selección Resto del Mundo se enfrentó a Inglaterra, primero con motivo del 90 aniversario de la Federación Inglesa (4-4) y después en el homenaje al ilustre veterano Stanley Matthews (6-4). En el primer encuentro anotó dos goles; en el segundo, uno. También en la 'catedral' del fútbol dejó su huella, como la había dejado en la selección española, en la que jugó 19 encuentros y marcó 11 goles, el primero de ellos en Santiago de Chile (1-2). El decisivo gol español fue suyo.

Enrique Llaudet, entonces presidente, le incorporó a la dirección de la Escuela de futbolistas del Barcelona. Era una tarea que le venía a la medida. Siempre fue un buen descubridor de talentos, especialmente preparado para adiestrar a los niños en el aprendizaje de la mejor técnica. En 1946, en Checoslovaquia, cuando sólo tenía 19 años, ya quiso seguir un curso de entrenadores. En 1957 consiguió en Madrid su título de preparador nacional. Asistió también al curso Alfredo Di Stéfano. El tribunal

decidió salomónicamente que ambos compartieran el primer puesto de la promoción con 200 puntos. La realidad es que Kubala consiguió 200,5. El propio Laszi, con su sentido del equilibrio, explicó el tema: "Mi falta de puntualidad a la primera clase, porque las sábanas se me pegaban y me costaba levantarme, me impidió ser el número uno, aunque me siento orgulloso de haber empatado con un 'crack' como Alfredo Di Stéfano".

"Kubala ha sido, como jugador, uno de los mejores que ha habido en el mundo. A pesar de los graves problemas humanos que hubo de soportar y vencer para salir de Hungría, a mi entender fue superior a fenómenos como Kocsis y Czibor, que también militaron en el FC Barcelona.

Para utilizar una expresión generalizada, diría que su fútbol era puro, cristalino; una gozada para todos los amantes de este deporte. No sólo era una estrella en el campo, sino que para serlo sacrificaba muchas horas en los entrenamientos que hacía en solitario después de los oficiales. Yo aprendí de él en este aspecto. No coincidimos muchas veces en la selección, pero lo que recuerdo de él es su espíritu de compañerismo, su lealtad en la amistad. Por otro lado, no le perdono que tuviera más éxito que ninguno con las chicas y que en el cine fuera mejor que yo. Esto es, sin embargo, lo de menos. Lo más importante es que fue un futbolista que hizo historia".

ALFREDO DI STÉFANO

EL TANDÉM IMPOSIBLE

¿Se imaginan lo que hubiera podido ser un tándem Kubala-Di Stéfano en el Barcelona? Cuando fichó al argentino, el club blaugrana era, según la opinión generalizada, el mejor equipo de Europa junto al Honved de Budapest, una verdadera selección húngara.

Todos conocen el desarrollo del 'affaire' Di Stéfano. El Barcelona adquirió los derechos del jugador pagando a través del banquero Valls y Taberner dos millones de pesetas al River Plate de Buenos Aires, que era su club de origen y del que había huido al Millonarios de Bogótá, lo que le costó a Colombia la expulsión de la FIFA. El Real Madrid, por medio de Raimundo Saporta, consiguió que el Millonarios le soltara, pero sólo por el tiempo de contrato que tenía vigente. La realidad era que Di Stéfano podía jugar en el Madrid una temporada, pasada la cual tendría que regresar al River Plate y automáticamente ser hombre del Barcelona.

Alfredo llegó a España, pero... a Barcelona. Se instaló en la residencia Ritz de la calle Diputación, y fortaleció una intensa amistad con Kubala y Samitier. Con el primero jugó varios partidos de casi 'costellada' en algunos pueblos de la Costa Brava para mantener la forma. Todos los seguidores barcelonistas tenían la boca llena de miel. La 'saeta rubia' arrastraba ya una fama considerable que luego confirmaría largamente en España. Pero el asunto no se resolvió, como era lógico y de derecho, por la vía de la legalidad.

El Madrid presionaba. El Barcelona se asustó por el temor a una denuncia de exportación de divisas, considerado un delito muy grave entonces, y acabó desenganchándose del caso cuando la Delegación Nacional de Deportes, que presidía el general Moscardó, dictó un pacto salomónico en virtud del cual Di Stéfano jugaría alternativamente en el Barcelona y el Real Madrid. Un temporada en un club, la siguiente en el otro y así sucesivamente. El Barcelona, ofendido, no aceptó la propuesta. Martí Carreto, presidente blaugrana, dimitió en un gesto de honestidad indignada, y Di Stéfano vistió los colores blancos para empujar al Madrid en su época más brillante de conquistas, incluidas cinco Copas de Europa de una tacada.

Siempre ha habido una admiración mutua entre Di Stéfano y Kubala. Era lógico. Aparte de Pelé, que había asombrado en la Copa del Mundo de 1958 en Suecia cuando sólo tenía 17 años, pocos dudan que entre el rubio argentino y rubio húngaro existían diferencias de estilo, pero hablaban la misma lengua futbolística: la de los genios elegidos.

En realidad, además de aquellos partidos de 'costellada' a que hemos hecho referencia, Kubala y Di Stéfano jugaron pocas veces juntos. Una, en el inolvidable partido contra el Bolonia en Les Corts, en el que ambos brindaron un espectáculo fabuloso. Los dos se entendían con los ojos cerrados. Jugaban un fútbol de otra

galaxia y expresaban un talento excepcional. A una jugada fantástica de Laszi contestaba Alfredo con otra mejor, para enseguida Kubala volver a maravillar. Lo de menos fueron los goles (ganó la selección de Barcelona por 6-2). Lo trascendental fue la huella imborrable que ambos dejaron. Aún hoy en día, más de 30 años después, los aficionados rememoran aquella noche del 26 de enero de 1955 como una fecha mágica en los anales de Las Corts. La histórica delantera que acompañó a los dos genios estaba completada por Basora, Villaverde y Moll.

Otro contacto oficial entre los dos ases se produjo en el partido de homenaje a Kubala con motivo de su despedida oficial del Camp Nou. Fue el 30 de agosto de 1961 y el adversario el Stade Reims. En aquella ocasión, el trío central del ataque blaugrana lo formaron Kubala, Di Stéfano y Puskas. Aunque los tres habían dejado atrás sus años más gloriosos, su fútbol volvió a ser de otro mundo. Di Stéfano le dedicó dos goles a su viejo amigo y rival, Puskas recreó con su imaginación y Kubala tuvo destellos fulgurantes. El público, que lo pasó en grande (se ganó por 4-3), no dejaba de preguntarse una y otra vez qué hubiese ocurrido si los dos genios hubiesen jugado juntos en el Barcelona.

No se necesita ser muy listo para responder a esta cuestión. Con toda seguridad, hubiesen llevado al club a una lista interminable de triunfos. Se habrían conquistado siete u ocho Ligas consecutivas y un montón de Copas de Europa con un fútbol que tal vez sólo el Honved fue capaz de realizar al inicio de los años 50, cuando ganó -con la camiseta de Hungría, por supuesto- el título olímpico en Helsinki'52 y cuando en Wembley 'atomizó' a Inglaterra por 6-3 en la primera derrota oficial de los 'pross' en casa.

Todo eso y más si se quiere. Di ftéfano, además de un gran trabajador, era un goleador formidable. Agregado esto a la técnica de Kubala, a su cerebro privilegiado y a su propia facilidad para marcar, la pareja hubiese sido devastadora, imparable para cualquier rival. Habrían sido los reyes mundiales del balón redondo y habrían escrito con caligrafía de oro uno de los pasajes más excelsos desde que el fútbol es fútbol.

"Kubala ha sido un jugador de clase mundial, tan bueno o mejor como los que hubo antes que él o incluso después. Tenia una dase excepcional y una potencia física extraordinaria. Ha sido el único jugador que he visto golpeando un penalti sin tomar carrera. Ponía el balón pegado a su pie izquierdo, hacía su paradina y disparaba mortíferamente.

Poseía una técnica de excepción y una intuición maravillosa. Yo tuve la desgrada, en mi época de entrenador del FC Barcelona, de conocerle cuando estaba en la etapa final de su inigualable carrera. Es ley de vida, y por eso a veces prefería alinear a Ribelles, con menos talento, pero que corría como un gamo.

Ladislao, como persona, era extraordinario. Jamás se quejó si era apartado del primer equipo, ni tuvo nunca una palabra ofensiva hacia mi. Le recordaré y le admiraré siempre".

HELENIO HERRERA

KUBALA Y EL BANQUILLO

La derrota en la triste final de la Copa de Europa en Berna contra el Benfica provoca una indiscutible crisis en el Barcelona. Kubala se ha marchado, Luis Suárez -equivocadamente, y por la entonces cifra récord de 23 millones de pesetas- es traspasado al Inter de Milán y los nuevos fichajes no sirven para compensar las ausencias de hombres como Tejada, Ramallets y Czibor.

Kubala recibe una tentadora oferta de la Juventus de Turín, pero Enrique Llaudet, que ocupaba la presidencia, le convence para que se quede y se haga cargo de la Escuela de Futbolistas de Barcelona, de donde saldrían figuras como Rexach. La tarea parece hecha a la medida de Kubala, que ha asentado su vida. Tiene tres hijos (Branko, nacido en Bratislava el 10 de enero de 1948; Laszi, nacido en Busto Arsizio el 24 de febrero de 1950, y Carol, nacido en Barcelona el 10 de octubre de 1959. Sólo Branko seguiría la carrera futbolística del padre y Carol sería un excelente jugador de hockey sobre hielo), un bagaje técnico importante y unas ilusiones tremendas de enseñar sus conocimientos a jóvenes alumnos. En Hostafranchs, en el campo de la España Industrial, imparte sus lecciones sin importarle las horas. Lo daba todo, como siempre. Su misión, dice, es hacer jugadores, no construir robots.

En vísperas de la Navidad de 1961, Kubala tiene otra gran satisfacción: abrazar a su madre, a la que hacía 14 años que no veía. Kubala tenía miedo de viajar a Budapest porque nunca se disipó de su mente el temor a un castigo de las autoridades húngaras por su huida en 1950. Y a su madre, esas mismas autoridades no le concedían el permiso para ir a España. Los buenos oficios de Bernabéu y Saporta, entonces en excelentes relaciones con las naciones del Este, superaron las dificultades. La escena del encuentro fue, como puede suponerse, emocionante.

Pero los planes de Kubala se ven perturbados por las circunstancias. El primer equipo no funciona bien. Luis Miró, que era un hombre de prestigio y que había cumplido las tareas de seleccionador nacional y de entrenador en el Valencia y el Sevilla, se ve obligado a dimitir por los malos resultados.

Kubala, que lleva sólo cinco meses al frente de la Escuela de jugadores, es convocado por Llaudet, con el que finalmente llega a un acuerdo para hacerse cargo de la plantilla profesional. Como se demostrará con el tiempo, la decisión es un error. Laszi sólo tiene 35 años y ha jugado con la mayoría de jugadores de los que se va a hacer cargo. Indiscutiblemente, su llegada al mando del primer equipo es precipitada. Siempre dispuesto a servir al club de sus amores, Kubala acepta ir al degolladero, como muchos cronistas de la época pronosticaron. Era la temporada 1961-62.

Laszi debuta frente al Elche con una difícil victoria por 3-2, con goles de Evaristo (2) y Pereda. Bajo sus órdenes, el equipo mejora considerablemente, y aunque sólo pierde tres partidos hasta el final de la Liga, sus malos comienzos le condenan a ser

'sólo' subcampeón. Es un consuelo quedar a tres puntos tras haber derrotado a los campeones en la confrontación en el Camp Nou.

En un partido de Copa contra el Basconia, Kubala descubre a José Ángel Iríbar, y aconseja reiteradamente su fichaje. La directiva se asusta cuando el guardameta encaja diez goles ante el Barcelona y desiste en su intención de contratarlo. Dos años después, Iríbar se convertiría en el mejor portero español durante la siguiente década.

Pero esto es casi una pura anécdota. Lo que el seguidor blaugrana desea son títulos. Sigue sin acertarse con los nuevos fichajes y el equipo empieza a tambalearse. Lo que en principio eran flores para Kubala, acaban convirtiéndose en críticas. La eliminación de la Copa de Ferias ante el Estrella Roja decide su suerte. Llaudet considera que ha fallado la 'carta Kubala' y el 8 de enero de 1963, después de una entrevista de cinco horas, se anuncia el cese de Kubala. La última propuesta de éste para volver como jugador, con el fin de dar una nueva moral a la plantilla, es rechazada. A Kubala no le queda ni el recurso de volver a la Escuela de jugadores, que se disuelve de manera absurda.

Con el corazón roto

Realmente enfadado por lo que considera una injusticia y un olvido de sus servicios al club, Kubala se siente desesperado. Tiene una amplia familia que mantener y sus recursos económicos no son deslumbrantes. Con el corazón roto, por una parte, y acuciado por la necesidad de trabajar, Kubala, que no quiere moverse de la Ciudad Condal, ficha como jugador-entrenador por el Español, donde se encontraría con Di Stéfano y Maguregui, por medio millón de pesetas al mes según se afirmó. La difícil solución le proporciona ratos de amargura y tristeza porque recibe duras críticas de algún sector de barcelonistas, que consideran una traición su pase a Sarria. Con el tiempo se verá que no es así. Simplemente ocurre que la vida de Kubala es el fútbol, y si se le niega el sitio en una parte, tiene que buscarlo en otro, por mucho que duela.

En el club blanquiazul permanece una temporada y media, y se apunta el tanto de ganar una promoción y de eliminar al potente Sporting de Lisboa en una eliminatoria de la Copa de Ferias.

Después, reconocidas sus cualidades y en busca de nuevos horizontes, con la inquietud que su trabajo crea, emprende una larga singladura que le lleva a dirigir equipos como el Elche, Murcia, Córdoba -donde endereza una situación casi de desahucio-, Málaga, FC Zurich, Toronto City y Toronto Falcons. En todas partes deja amigos y el sello de su aportación al fútbol mundial. Incluso hizo exhibiciones en Chile y cursillos de enseñanza en otros países.

Kubala siempre ha pensado que nunca se aprende bastante. Por eso, siendo jugador del Barcelona, asistió como observador al Campeonato Mundial de Suiza en 1954, al de 1962 en Chile y a los síguientes. En Chile hizo algunas recomendaciones

para fichar a jugadores de clase y desaconsejó la contratación de otros, como Cubilla y Silveira, que curiosamente recalarían en el Barcelona poco más tarde.

En Viña del Mar, donde la selección española estaba concentrada de cara al Mundial de Chile, hubo una especie de merienda amistosa en la habitación de Abelardo, el que fuera internacional del Atlético de Madrid. Se habló mucho de fútbol y surgió la clásica comparación del equipo con una orquesta donde se necesitan solos y acompañantes, o con una construcción, en la que se combinan arquitectos y trabajadores. Rodri, aquel magnífico defensa central del Barcelona que también figuraba en la selección, terció ingenuamente para preguntarle a Kubala:

- "¿Míster, yo soy arquitecto o trabajador?".

La pregunta quedó en el aire, sin respuesta clara. Segundos después, Puskas, también presente en la reunión, se marchaba dando un portazo y gritando con su castellano barriobajero y exaltado:

- ¡Puta madre!.

La calidad contrastada de Kubala y su proyección en el foro internacional como entrenador le otorgó la dirección de la selección europea -de la que formaba parte Cruyff- que se enfrentó a Portugal en el homenaje a Coluna, con victoria del cuadro continental por 2-1. Más tarde volvió a ser seleccionador europeo en el partido a beneficio de UNICEF que se disputó en el Camp Nou contra América, con empate a cuatro goles. En el combinado europeo figuraban jugadores alemanes, checos, húngaros, italianos y españoles. Cuando a Kubala se le preguntó cómo conseguía entenderse con un conglomerado multilingüístico tan complicado, contestó:

- "Hablando en esperanto".

Había echado sus raíces en la ciudad Condal, donde tuvo diferentes residencias. Adquirió una estupenda casa en San Quirze de Safaja, donde por cierto montaba un caballo llamado 'Flecha', que había ganado su hijo Branko en un concurso de equitación. Actualmente tiene un piso en la calle Numancia, aproximadamente en los terrenos que ocupaba el viejo campo de Les Corts, escenario de sus triunfos.

Una singular aventura como entrenador la vivió en el equipo Al-Hila de Arabia Saudita, donde permaneció tres temporadas, adulado y festejado como un héroe por los emires del petróleo. Fue una etapa fascinante para él. En Ryad la temperatura nunca baja de los 25 grados, y en verano el termómetro sube con facilidad hasta los 50 o 60. Sus jugadores llegaban al campo en lujosas limousines o coches deportivos despampanantes. Pese a lo desértico de la zona, los campos árabes son de hierba, artificial por supuesto, ya que el dinero allí no es problema. El único contratiempo que tenía Kubala, y que al principio le sorprendía, era que llegado el momento de los entrenamientos por la tarde, los jugadores abandonaban el balón y se arrodillaban de cara a La Meca para rezar.

En la nación del petróleo abundaban los entrenadores brasileños -entre ellos

Zagalo-, que además contaban con el servicio de ayudantes, médicos y masajistas de su país. También encontró allí a Brozic, con 75 años a cuestas, que había estado en el Barcelona en los años 60, a Dídí y Telé Santana.

Kubala llevaba una vida espartana en un país donde está prohibido el alcohol y la vida social, salvo en las embajadas, es prácticamente inexistente. Se levantaba a las seis y media, y a las siete y cuarto ya estaba realizando ejercicios en el gimnasio. Tomaba un café y se iba al campo para dirigir el primer ensayo de hora y media con sus pupilos. Luego, por la tarde, realizaba dos sesiones más de preparación. A las seis y media se encerraba en casa para ver la televisión y sobre todo el vídeo. Durante su estancia en Arabia visionó más de mil cintas. Antes de las 11 ya estaba descansando.

Habitaba en un chalet digno de ser un palacio real, totalmente refrigerado y dotado de todos los adelantos modernos. Bebía sólo agua mineral. En la comida no había problemas. Los alimentos, incluso los más exóticos y caros, eran de importación: quesos holandeses, carne argentina, vino español y pasta italiana. El caviar iraní se derrochaba, y no era extraño encontrar en los cubos de basura latas del rico producto de huevas de esturión, apenas abiertas. Como curiosidad, cuenta Kubala que la mano de obra es carísima, y que un corte de pelo cuesta la friolera de 15.000 pesetas. También dice que allí probó la mejor naranjada de su vida. Miró el bote metálico y leyó: 'Made in Spain'.

Durante su primer año de estancia, contó con un intérprete palestino que hablaba el inglés, idioma éste en el que tuvo que concentrarse, aunque el lenguaje del fútbol es universal y en pocos días se entendía con todos.

Mientras los técnicos extranjeros tienen luz verde para trabajar, está prohibida la importación de jugadores foráneos. Defensa de la raza, posiblemente. El problema no es de dinero, ya que allí corre como la espuma. La sala de espera del aeropuerto de Ryad es tan grande como la antigua terminal del Prat, y cerca de ella se ha construido una enorme mezquita con capacidad para 30.000 fieles.

Sólo el pollo, el caviar y la gasolina son más baratos que en España. Llenar un depósito de combustible con capacidad para 58 litros cuesta únicamente 500 pesetas.

Kubala habla y no acaba de Arabia, pero su exótica experiencia nos ha apartado un poco de la relación cronológica de Laszi con el Barcelona. Después de su marcha como entrenador en 1963, volvería una vez al club de su corazón, en 1980-81, después de haber permanecido 11 años al frente de la selección nacional, un récord sin precedentes.

"Lo tuve como alumno en la Escuela Nacional de Entrenadores -donde sacó el número uno de su promoción, empatado con Di Stéfano- y como jugador en mis dos años de entrenador del FC Barcelona. Indudablemente, la llegada de Kubala a España marcó toda una época en la técnica individual de los jugadores. Nadie ha habido mejor que él. Di Stéfano fue quizá más rentable y Pelé más goleador, pero Laszi no sólo fue el número uno en técnica, sino también un as en el juego colectivo e incluso en la estrategia del juego.

Como persona tuvo y tiene una gran humanidad, incapaz de decir no a nadie y siempre lleno de generosidad, tanto material como en ayuda y consejo a los más jóvenes. Le recordaremos siempre como un ser humano excepcional y como uno de los futbolistas más grandes de todos los tiempos".

DOMINGO BALMANYA

EL SALTO A LA SELECCIÓN

De 1969 a 1980, Ladislao Kubala dirige a la selección española. Su duración en el cargo es histórica. Pablo Porta, uno de los mejores presidentes que ha tenido la Federación Española desde que fuera fundada a principios de siglo -y al que sólo maniobras políticas le hicieron cesar por un secreto sacado de la manga- vio en él no sólo a un hombre trabajador y honesto, sino al técnico capacitado, paternal, motivador de ilusiones e ideal para excitar el interés de los jugadores. Kubala reemplazó al trío Muñoz-Artigas-Molowny cuando España había quedado temprana y tristemente eliminada en la fase previa del Mundial de México'70. En su debut en el cargo, en La Línea de la Concepción, España arrolla a Finlandia por 6-0 y venga la humillante victoria que sufrió unas semanas antes la selección en Helsinki (2-0).

Su balance en ese largo periodo es positivo, con sombras evidentes, pero también con éxitos a sus espaldas. El infortunio apeó a España de la fase final del Mundial'74, tras un partido de desempate en Munich frente a Yugoslavia. Después, la selección obtuvo su plaza para disputar la Copa del Mundo de Argentina en 1978, donde una inesperada derrota ante Austria -en la que militaba Hansi Krankl, que meses más tarde recalaría en el Barcelona- borró casi todas las posibilidades de acceder a la segunda ronda.

En la Eurocopa de Italia de 1980, se comienza empatando con Italia, la anfitriona, que teóricamente era el rival más difícil. El segundo encuentro, ante Inglaterra, se salda con una derrota que elimina a la selección española, pese a que realizó una de las mejores áctuaciones de la 'era Kubala'. Es el final para Laszi como seleccionador. En el puesto dio, como siempre lo mejor de sí mismo. Formó jugadores, fraguó relevos importantes y trabajó con su clásica vocación y generosidad. Convencido de que Luis Suárez no había recibido el homenaje que le debía la afición por su aportación al fútbol español y mundial -fue elegido mejor jugador europeo en 1963-, le seleccionó, con 37 años, zanjando así, caballerosamente, la larga polémica que según algunos existía entre ambos desde que el futbolista gallego aterrizó en Les Corts en 1954, procedente del Deportivo de La Coruña.

Última etapa azulgrana

Cuando Kubala acaba su época en la selección, la tentación de volver al club de sus amores se hace irrefrenable. Laszi no triunfó en su primera experiencia en el banquillo blaugrana, y suspira por el Barcelona. Como los viejos elefantes, que van a morir bajo el árbol que les vio nacer, Kubala siente que debe volver a 'su' ciudad, a 'su' equipo.

La oportunidad se la brinda Josep Lluís Núñez. Habían pasado por el banquillo Rifé y el incombustible Helenio Herrera en los años precedentes, y se pensó en Kubala. Había ganado experiencia y madurez, y si en su primera época como

entrenador blaugrana las cosas no le habían ido bien, éste parecía un buen momento para consagrarse. Pero los resultados no fueron los deseados por Núñez y el propio Kubala. Para respaldar la adquisición de Laszi, llegaron dos hombres de la valía de Quini y Alexanco. Este último, procedente del Athletic de Bilbao, fue fichado por 100 millones de pesetas, la cifra más alta pagada hasta entonces en España por un defensa. También llegó Bernd Schuster, un alemán polémico e introvertido pero de clase soberbia. Kubala, presionado por la Junta, tuvo que prescindir de un extranjero sobrante. Simonsen se quedó y Krankl abandonó el club.

El Barcelona no funcionaba a entera satisfacción. Una derrota sonada en la Copa de la UEFA, ante el Colonia (0-4), motivó el cese fulminante de Kubala. Por segunda vez no había tenido suerte en el intento de triunfar como técnico de la entidad que le era más querida.

El resto es historia reciente. Tras su periplo por Arabia Saudita, Laszi vuelve de nuevo a España para ascender en la temporada 1987-88 al Málaga de Juanito y Esteban a Primera División. Pese al éxito, deja el equipo, y poco después, el fallecimiento de Antonio Amorós, que había sido portero blaugrana, deja vacante la presidencia de la Agrupación de Veteranos del Barcelona. Kubala es elegido sin problemas y prácticamente por unanimidad. Con el entusiasmo que le caracteriza, hace de la Agrupación un organismo vivo, eficiente, humano y popular. Ayuda a los antiguos jugadores o a sus familias con problemas económicos, participa en todos los homenajes precisos, pasea el barcelonismo por todas partes. La gente no le ha olvidado. No importa que no haya triunfado como merecía al frente de la plantilla profesional blaugrana. El recuerdo de su década imborrable entre los años 50 y 60 ha permanecido en el cerebro de los aficionados. Pocos como él habrán hecho tanto por el club, ni lo habrán llevado a una proyección internacional tan alta. Curiosamente, Kubala no fue elegido nunca mejor jugador europeo. Cosas de la vida. El prestigioso galardón comenzó a entregarse cuando las lesiones obligaban a Kubala a pasar largos paréntesis de ausencia. Además, la no intervención del Barcelona en las primeras ediciones de la Copa de Europa le mantuvieron lejos de la atención del gran público continental, aún no habituado a las retransmisiones televisivas de fútbol.

Aun sin ese brillante que su corona de indiscutible estrella mundial merecía, Kubala figurará en el cuarteto de los mejores 'cracks' de su generación, junto a Pelé, Di Stéfano y Puskas.

Ahora, el Barcelona le ha distinguido como embajador del club para las grandes ceremonias internacionales o nacionales. Es una designación que nadie más puede ostentar. Todo el mundo le conoce allá donde va. Es una leyenda, un mito. Un hombre que ha hecho del fútbol su vida.



JUAN JOSÉ CASTILLO. (Luna, Zaragoza, 16 de enero de 1921 - Barcelona, 26 de octubre de 2001) fue un periodista deportivo español.

Su primera experiencia profesional fue en el diario zaragozano Amanecer, donde ingresó en 1937 en labores de taquígrafo. Poco después de finalizar la Guerra Civil española se trasladó a Barcelona, incorporándose en 1941 a la redacción del rotativo La Prensa, del que llegó a ser Jefe de Deportes entre 1946 y 1964.

En 1964 es nombrado redactor-jefe de deportes del diario Tele-Express y en 1967 se incorporó como director adjunto a El Mundo Deportivo, periódico del que fue director desde 1976 hasta 1988 (fecha de su jubilación) y de cuyo Consejo de Redacción continuó luego formando parte.